

## Comunicación Comunitaria y organizaciones sociales, un espacio para la construcción del otro

Ianina Lois

A continuación se presentan una serie de notas y comentarios que contienen reflexiones que pueden aportar a la comprensión de las complejidades y tensiones que atraviesan al trabajo de campo.

### **La investigación-Acción**

*“el yo que conoce es siempre parcial, nunca terminado, total (...) siempre construido, remendado y, por lo tanto, es capaz de unirse a otro, de ver junto al otro sin pretender ser el otro”.*

D. Haraway

Se suele reconocer a la investigación-acción (I+A) como el marco metodológico de la comunicación comunitaria. Es un tipo de investigación que promueve la construcción de conocimiento sobre el propio proceso de intervención en lo social; es un proceso que asocia la acción con la reflexión y la teoría con la práctica. La I+A hace hincapié en el conocimiento situado, práctico y en la capacidad de reflexión de los propios actores.

Es una perspectiva que aborda el análisis sobre las prácticas sociales a partir de una fuerte crítica a las formas tradicionales de investigación social, donde los sujetos, los grupos, las organizaciones y las comunidades son ubicadas en el lugar de objeto de estudio.

En el ámbito latinoamericano, la IAP tiene como uno de sus principales exponentes, al sociólogo colombiano Orlando Fals Borda. Este autor promovió durante los años 70 la creación y el fortalecimiento de una sociología que responda a las urgencias de la sociedad. Dicha sociología se proponía estar al servicio de las luchas contra la explotación y la opresión y sostenía que los investigadores debían involucrarse como militantes en los movimientos sociales que estudiaban formando parte de los mismos. Asimismo, esta metodología tuvo grandes influencias de la Educación Popular propuesta por Paulo Freire. Sobre todo la idea del diálogo como presupuesto epistemológico indispensable para la creación de un conocimiento de la realidad que posibilite su transformación.

La decisión por la investigación-acción conduce a que el principio y el fin sean las prácticas, concretas y situadas, de una comunidad particular. Se fundamenta en una metodología inductiva (inducción analítica, de lo particular hacia lo general) y su presupuesto central se basa en que la comprensión y la introducción de cambios en las prácticas son medios adecuados para producir el mejoramiento de las mismas (Vizer, 2013). En ese sentido es que hablamos de sujetos de estudio – más que de objetos de conocimiento- enfatizando además de esta forma el carácter vivo y dinámico de los procesos con los cuales pretendemos articularnos (Haraway, 1991).

A partir de este tipo de inquietudes surgió la I+A como una metodología en donde el investigador y la comunidad trabajan de manera conjunta en función de producir un conocimiento que contribuya a transformar la realidad social.

Los principales ejes epistemológicos y metodológicos que guían a la I+A son los siguientes:

1) el punto de partida está ubicado en la realidad concreta de los miembros de la comunidad; 2) tanto los procesos y las estructuras como las organizaciones y los sujetos, son contextualizados en su dimensión histórica; 3) se trabaja para que la relación tradicional de sujeto-objeto entre investigador-comunidad pase a ser una relación sujeto-sujeto; 4) se postula la unidad entre teoría y práctica; 5) se entiende que la participación popular tiene que estar presente en todo el proceso de investigación-acción; 6) se reconoce y se promueve el compromiso político e ideológico del investigador/a con el sector popular y su causa; 7) se reconoce también el carácter político e ideológico de la actividad científica; 8) se considera que la investigación y acción son momentos metodológicos de un solo proceso cuyo fin principal es la transformación social.

Es interesante la propuesta de incorporar en los trabajos de campo en comunicación comunitaria la realización de una instancia de *reflexividad epistémica* a partir de nuestra propia práctica investigativa. Esta instancia tendrá como eje de reflexión no sólo los alcances que tiene esta manera de entender la investigación sino también los límites concretos con los que nos hemos encontrado al intentar desarrollarla. Siguiendo a Bourdieu, se entiende que la *reflexividad epistémica* supone mirar y analizar los condicionamientos sociales que afectan al proceso de investigación, tomando como punto especial de la mirada, al propio investigador. Así, se observará la ubicación del investigador en una posición determinada y se analizarán las relaciones que mantiene, por una parte, con la realidad y con los agentes cuyas prácticas investiga y, por otra, con las relaciones que mantiene con sus pares y con las instituciones científicas (Bourdieu, 1994).

### **Los trabajos de campo en comunicación comunitaria**

*“Lo social implica una comunidad que existe y se recrea a través de símbolos mutuos”* Alfredo Carballada, La Intervención en lo Social

En los trabajos de campo impulsados desde el Taller de Comunicación Comunitaria, los grupos de estudiantes realizan entrevistas, crónicas, observaciones, relevamientos, mapeos y desgrabaciones, entre otras acciones. Estos textos son analizados, recortados y sistematizados a los fines del objetivo de la materia; y en ellos se construye a los sujetos, los grupos y las organizaciones que se encuentran en el campo, se les da forma, se lo define, describe, y se explicitan sus rasgos, sus características.

Pero ¿desde qué lugar se realiza esa construcción?, ¿Qué o quién legitima la potestad de dar forma al universo de ese *otro*?

El trabajador social argentino Alfredo Carballada sostiene que los orígenes de la intervención en lo social se relacionan con la Ilustración, en especial con la orientación pedagógica de esta. En sus inicios, y en parte también en la actualidad, las prácticas que intervienen en lo social poseen una

impronta pedagógica, por cuanto procuran que ese “otro” aprehenda la modernidad. A su vez, la actitud de “lo moderno” implica adentrarse en territorios desconocidos para iluminarlos, tal vez para reconocer en ellos, los propios orígenes de una civilización que se consideró a sí misma la cúspide de la historia universal” (Carballeda, 2002).

La intervención en lo social va a significar el montaje de una nueva forma de conocer, de saber, en definitiva, de generar discursos de verdad que construirán sujetos de conocimiento. En otras palabras, ese *otro* será constituido a través de descripciones, informes, observaciones y especialmente desde la relación que se establece con quien lleva adelante la intervención.

Desde el enfoque de la comunicación, observamos en numerosas ocasiones que a la hora de desarrollar los trabajos de campo se presenta una situación ideal –previa y no explícita- respecto del *deber ser* de la comunicación organizacional, al que se pretende llegar a través de las intervenciones. La presencia de un imaginario sobre las características que tiene que cumplir toda comunicación de una organización, genera –en palabras de Michael Foucault (1980)- dominios de saber que imponen objetos, conceptos y técnicas de intervención que, en definitiva, construyen nuevos sujetos de conocimiento.

Una cuestión compleja de abordar a la hora de planificar y reflexionar sobre los trabajos de campo realizados desde el marco desde la comunicación comunitaria es la relación entre lo micro y lo macro en el contexto de la intervención. Por un lado, para la comprensión de los fenómenos comunitarios no alcanza con las explicaciones de tipo estructural, pero por otro, tampoco se avanza si la mirada se queda en las expectativas y motivaciones individuales. Hay un nivel intermedio donde el ambiente y el contexto se implican recíprocamente con los procesos de reconocimiento del propio actor. En este sentido, los fenómenos comunitarios –en tanto colectivos- son producidos por varios individuos que interactúan, negocian y así comparten y construyen, en función de las restricciones y oportunidades del contexto sociohistórico, sus posibilidades de acción; acción que debe concebirse como proceso.

En el territorio, en los procesos y acciones grupales y colectivas, no es posible encontrar a un actor social único, ni a una única acción, sino diversas acciones multipolares que conjugan distintos actores y orientaciones de acción. Justamente, Melucci (1994) sostiene que el fenómeno colectivo es, de hecho, producto de procesos sociales diferenciados, de orientaciones de acción, de elementos de estructura y motivación que pueden ser combinados de maneras distintas. El problema del análisis se centra, de esta forma, en la explicación de cómo esos elementos se combinan y unen, de cómo se forma y se mantiene un actor colectivo.

En este sentido, es necesario no perder de vista, que si por un lado esas relaciones unen, por otro, permiten mantener cierta distancia y establecer ciertos límites. Una organización social, por un lado, está inserta en un territorio con otros actores sociales, políticos, culturales, de los cuales de algún modo u otro debe dar cuenta, pero por otro lado, la misma organización suele estar constituida por diferentes actores tensionados entre sí.

## **Organizaciones y movimiento sociales**

Desde finales de los años sesenta y hasta inicios del siglo XXX se han desarrollado en América Latina una diversidad de experiencias de organización social que, como parte de un proceso de transformación más general de mediano y largo plazo, se suelen agrupar bajo el nombre de Movimientos Sociales.

Organizaciones rurales y urbanas, vinculadas a grupos territoriales, de trabajadores ocupados y desocupados, mujeres, jóvenes, sectores eclesiósticos relacionados con la Teología de la Liberación y organizaciones indígenas, entre otras; constituyeron iniciativas de resistencia que, además de confrontar con el sistema dominante, han podido constituir propuestas productivas, políticas y subjetivas afirmativas y alternativas, que en muchos se han institucionalizado e incorporado a las políticas públicas en las últimas décadas.

El desarrollo capitalista y la profundización del modelo neoliberal a finales del siglo XX desembocó en esos años en un profundo proceso de exclusión que afectó la vida social en su conjunto. Numerosos autores señalan que este escenario, impulsa la emergencia de movimientos sociales que intentan constituirse como “campos de experimentación social”, es decir, experiencias tendientes a pensar, construir y vivenciar relaciones sociales con reglas del juego diferentes a las hegemónicas.

En muchos de los casos, estos movimientos se gestan en el marco de la sociedad civil y suelen mantener relaciones ambiguas y por momentos conflictivas tanto con el Estado como con los partidos políticos y los sindicatos tradicionales (De Sousa Santos, 2007). En contraste con estas instituciones producto de la Modernidad, las organizaciones sociales suelen politizar muchos más aspectos de la vida social y desarrollar un sentido comunitario –en muchas experiencias también solidario- del mantenimiento material y simbólica de la vida.

Con el desarrollo de experiencias diversas y teorizaciones sobre las mismas, el término de organizaciones y movimientos sociales no cuenta con una definición unívoca y objetiva, y, al quedarse en una mera extrapolación del mismo, ha estado siempre sumido en la ambigüedad. Se observa que se ha utilizado de forma extensiva, aplicándolo a aquellos experiencias sociales que pudieran tener en común el sentido de voluntad de transformación social, sobre todo en un contexto político-económico donde el desarrollo capitalista y las políticas públicas van en sintonía.

Hasta el siglo XXI, los movimientos sociales en América latina inscribieron sus luchas en el terreno de las confrontaciones con el poder político simbolizado en los sucesivos gobiernos. Han tejido relaciones con los actores políticos, con el Estado y los partidos políticos: unas veces sosteniendo el frágil equilibrio entre las demandas y las conquistas sociales, otras ocupando los espacios “abandonados” o perdidos por los partidos políticos en su papel de representación social.

En los últimos tiempos, a partir de experiencias de gobiernos democráticos en América Latina que han tomado muchas de las banderas de estos movimientos, ha ido cambiando la mirada hacia las organizaciones de la sociedad civil en general.

Desde las ciencias sociales, el surgimiento de los llamados nuevos movimientos sociales en América Latina intensificó el análisis de la subjetividad dentro de estos, contraponiéndolo al análisis de clases. Se fueron conformando dos posturas bien definidas, una que acentúa el análisis en la determinación estructural y otra que hace hincapié en la constitución de la identidad subjetiva de grupos de sectores populares, revalorizando la constitución situacional de los sujetos y puede tender a disolver toda referencia a la pertenencia de clase.

Bourdieu (1994) entre otros, intenta superar estas dicotomías y pensar estas posturas en interrelación. Para el autor, esta es una relación de doble sentido entre las estructuras objetivas (la de los campos sociales) y las estructuras incorporadas (la de los habitus). Asimismo, se opone a las tesis más extremas de un estructuralismo concreto, es decir se niega a reducir los sujetos -agentes activos y actuantes de los procesos colectivos- a meros fenómenos secundarios o derivados de la estructura. En palabras de Bourdieu, no habría estructuras sociales inmodificables pero si distribución desigual de capitales que determinan jerarquías a las que los sujetos deberán desafiar para producir cambios. Para la transformación de estas formas de distribución no alcanza solamente con la voluntad de cambio. Los individuos han incorporado sin saberlo las estructuras mediante los modos de ver, sentir y actuar que aunque no parezca no son naturales sino sociales.

## **A modo de cierre**

*La 'cultura popular' supone una operación que no se confiesa... ha sido necesario censurarla para poder estudiarla.*

Michel de Certeau, La Cultura Popular

Numerosas prácticas de intervención impulsadas desde instituciones diversas –universidades, instituciones educativas, de salud o de asistencia social, ONGs, entre otras- aspiran a construir un ideal de comunicación organizacional, imponiendo unas características, racionalidades, estéticas y soportes legitimados por el saber experto y visualizando a ese *otro* como quien no “comprende” los beneficios de una comunicación planificada y metódica para su comunidad u organización social.

Desde este texto, se considera que la comunicación comunitaria debe asumir el desafío de preguntarse no qué es sino, ni qué hace, sino qué tipo de relaciones sociales construye en los procesos de intervención. Es decir, analizar si en nuestro campo, se suele jerarquizar el saber disciplinar que otorga la Institución Académica en desmedro del saber comunitario, informal, práctico presente en gran parte de las organizaciones sociales.

En este sentido, quienes generamos e impulsamos procesos comunicacionales no debemos olvidar que la comunicación no puede ser considerada como un espacio neutro que produce relaciones transparentes y racionales en las organizaciones. Abordar la comunicación desde una perspectiva comunitaria implica pensarla a partir de relaciones complejas que se desarrollan por múltiples vías y donde el conflicto es inherente. Si reconocemos la articulación con lo cultural y lo político, surge la necesidad de avanzar más allá de la mera definición de estrategias. Nos aproximamos a un espacio

de intercambio de saberes y sentidos entre los sujetos y las comunidades que participan de la situación de comunicación.

El desafío está planteado. Resta intentar responder si es posible realizar un abordaje de la comunicación organizacional a partir de la incorporación de dimensiones como comunidad, interculturalidad y culturas populares. Respuesta que pondría a la discusión en el campo de lo ideológico y supondría un avance hacia la democratización de las relaciones sociales. Resta también responder si es posible avanzar hacia modelos de comunicación organizacional que conciban a la comunicación como proceso, reconozcan la diferencia y el conflicto, y construyan escenarios de encuentro, concertación y participación, donde se propicie el diálogo con aquellos otros actores del espacio público y comunitario.

Y en este desafío no puede quedar afuera el volver a pensar la cuestión de qué significa comunicar. Teniendo en cuenta, la imposibilidad fundamental, insuperable, del carácter intransferible de la experiencia. Podemos contar “esto” y “aquello”. Incluso podemos contarlo “todo”, pero siempre hay *algo* que se escapa. Y además, hay puntos de vista que difieren. ¿Cómo comunicar lo que hacemos si no es –precisamente– *haciendo*?

(2004, revisado 2015)

## **Bibliografía**

- Bourdieu, Pierre.(1994). Razones Práctica por una Teoría de la Acción. Barcelona, Ed Anagrama.
- Carballeda, Alfredo (2002): La Intervención en lo Social; Paidós, Buenos Aires.
- Colectivo Situaciones, 2004. [www.situaciones.org](http://www.situaciones.org)
- De Sousa Santos, Boaventura (2007): “Una reflexión sobre los nuevos movimientos sociales”.
- Programa Latinoamericano de Educación a Distancia (PLED) CCC Floreal Gorini.
- Foucault, Michael (1975): Vigilar y Castigar, México, Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1980): La Verdad y las Formas Jurídicas; Gedisa, Madrid.
- Haraway, D. (1991). Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza. Madrid: Cátedra.
- Melucci, Alberto (1994), “Asumir un compromiso”, Revista Zona Abierta nº 69.
- Vizer, Eduardo (2003): La Trama Invisible de la Vida Social, Buenos Aires, La Crujía Ediciones

